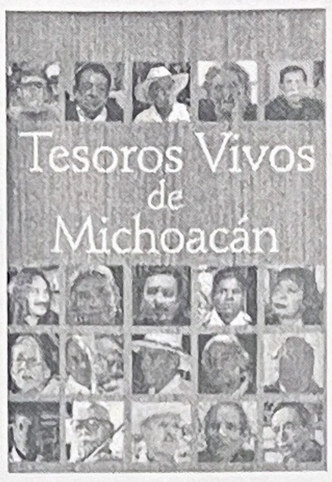
JOSÉ MENDOZA LARA

POR RAQUEL IGLESIAS

La literatura habla de las palabras: letras que se unen para dar significados a las cosas y a las personas. Palabras que en los orígenes de la humanidad eran gritos con sentido, y luego, referentes y frases hechas. No fue sino hace diez mil años, aproximadamente, que el lenguaje comenzó a volcarse en la escritura. Desde entonces, la labor de los literatos se ha centrado en los soportes que guardan a las palabras, tradicionalmente: los libros.



José Mendoza Lara, además de ser escritor, lector y amante de los libros, los fabrica. Pepe Mendoza nació el 19 de marzo de 1949 en Santa Rosalía, Chihuahua, al norte de la república, en la ciudad conocida simplemente como Ciudad Camargo. Tierra de artistas por excelencia, Ciudad Camargo ha aportado al país pintores, escultores, cantantes, actores y realizadores como son: David Alfaro Siqueiros, Enrique Carbajal (Sebastián), Lucha Villa, Aarón Hernán, Mario Iván Martínez, Socorro Bonilla y Gonzalo Martínez Ortega, entre muchos otros. Poeta, tipógrafo y editor, Pepe inició su obra autoral a principios de los setenta, en su tierra natal, para proseguirla luego en la Antigua Valladolid. Realizó estudios históricos y literarios e imparte Literatura Latinoamericana e Historia en la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.

Con ***jitanjáfora*** M°relia Editorial, José Mendoza y su avezado equipo de trabajo se han preocupado por editar libros de corte 'no comercial' pero de alta calidad. Ello, en la búsqueda de llenar los vacíos que reclama la sociedad y, también, con la muy loable finalidad de rendir un cumplido homenaje a los impresores y editores del estado de Michoacán. Creando un catálogo cercano a los doscientos títulos, en trece colecciones, ***jitanjáfora*** ha logrado traer al presente a grandes autores ya fallecidos y mostrar, también, la obra de jóvenes autores a sus contemporáneos y proyectarla al futuro. Todo ello, al realizar libros bellamente encuadernados a mano, en una labor que sobrepasa el trabajo puramente editorial (ya de por sí difícil y complicado) para adentrarse, de lleno, en el terreno de la edición artística.

Sería parcial y complicado señalar todas las obras importantes que ***jitanjáfora*** ha publicado; baste señalar un par de ediciones señeras, como son: la recopilación de las *Memorias de las Cátedras de Caminería* 'Manuel Criado de Val', y el monumental *Diccionario de Autores Michoacanos*, cuyo proyecto final incluirá a más de mil doscientos autores michoacanos que cabrán en el cuerpo de cinco volúmenes del Diccionario. Entre otros títulos también publicó, en el año 2007 y por primera vez en castellano, los *Seminarios de Zollikon*, de Martin Heidegger, en una excelente traducción dentro de la Serie de Fenomenología que coordina el filósofo mexicano Antonio Zirión Quijano. El mismo año entró a imprenta *Visiones de oriente*, de Adalberto García de Mendoza, obra con la que el autor ganó, a finales de los años treinta, un concurso mundial al que convocó el imperio japonés. Debido a la Segunda guerra mundial, García de Mendoza ni siquiera pudo recoger su premio de manos del Emperador. Afortunadamente, muchos años después, su hija rescató el original y ***jitanjáfora*** lo dio a la luz para el regocijo de sus lectores.

Ubicada en la llanura de Chihuahua y bañada por el río Conchos, el Parral y el río Florido, Santa Rosalía de Camargo marcó, con su clima extremo, al joven José, quien de niño ya transcribía los poemas aprendidos en la escuela dentro de pequeñas libretas. Luego, una vez que tuvo (de su padre) en las manos un ejemplar de *La vuelta al mundo en 80 días*, decidió desarmarlo por completo 'para ver cómo estaba hecho'. A partir de aquella época, en 1957, fue que arrancó con la escritura de su particular Diario, (en sus Libretas Café) el cual lleva puntualmente hasta la fecha y que cuenta ya con decenas de volúmenes donde mezcla la escritura con el dibujo, la fotografía y el collage. Para entonces, Pepe Mendoza devoraba todos los textos que llegaban a sus manos; desde *El tesoro de la juventud* hasta revistas como *Life*, *Ja-ja* y *Notitas musicales*. Por las tardes, arribaban a Camargo, por fin, los matutinos de la capital, *Excélsior*, *El Universal*, los libritos y novelas de La Prensa, y el joven José los consumía por las noches. Finalmente y para su sorpresa, conoció una novela contemporánea que lo marcó; estaba escrita por un paisano y, además, en un lenguaje coloquial ('¡con palabrotas!'); se trataba de *La otra cara de México*, de Carlos Chavira Becerra, escritor y político chihuahuense, uno de los fundadores del Partido Acción Nacional (PAN).

Llegado a los veinte años, en Morelia ingresa a la Facultad de Derecho: «ahí conocí a Gaspar (Aguilera), mi hermano, mi hermanito mayor». Juntos organizaron los primeros ciclos de lectura, y unidos a otros chihuahuenses nacidos en la década de los cincuenta, partieron para Morelia. Atrás quedaba el desierto, la frontera y aquella anarquía, al estilo del siglo XIX, que se respiraba por las calles de Camargo. Vías antiguas, muy a la manera del viejo oeste, donde llegaron a filmarse varias películas hollywoodenses: 'John Wayne me cargó en los brazos...', recuerda. Y aunque su mexicanidad los llevaba (a los jóvenes de esta generación) a manifestar cierta precaución y a mantener prudente distancia frente a los 'gringos'; por otro lado, no dejaban de admirar a figuras como Jane Fonda, James Dean, Shirley MacLaine y Elvis Presley. Al mismo tiempo, Pepe incrementaba su cultura cinematográfica con filmes de Ingmar Bergman, Federico Fellini, Jean-Luc Godard y muchos más. Así, mientras continuaba con su educación formal, leyendo a Goethe y a Shakespeare cursaba, en una escuela de corte germánico, tres años clases de latín y griego.

Ya en Morelia, se hizo discípulo de Ramón Martínez Ocaranza y junto con Gaspar Aguilera Díaz y Fernando Ramírez Aguilar, durante los primeros años de la década de los setenta, constituyó el Taller Literario de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo. Y cuando Fernando Ramírez dejó sus clases en el Colegio, el joven José Mendoza –con el apoyo de Ocaranza– comenzó a impartirlas. Para él, la educación formal no solo es importantísima, sino imprescindible; porque el salón de clases se constituye en el espacio donde se manifiesta la interlocución del alumno con el maestro. Así, Pepe conoció a Tomás Rico Cano, a Alfonso Espitia Huerta, a Salvador Próspero y también a otros jóvenes escritores quienes, como él, leían con fruición a los autores del *boom* latinoamericano. Frente a la búsqueda del vanguardismo, estos nóveles artistas se hallaban ante la disyuntiva de 'salir del país o de permanecer dentro de la cortina del nopal'. Existía, pese a todo, escepticismo por constatar la veracidad de la fuerza latinoamericanista y por explorar la recuperación de lo artístico en lo indígena.